

Juventud y senectud

Estamos de cumbre en Ginebra. Allí conversarán, en buena paz y compañía, los dos líderes mayores del mundo: el Camarada Gorbachov y el presidente Reagan. La ocasión es propicia para referirnos a la juventud, tan bien representada por el uno, y a la senectud, tan bien representada por el otro. Qué es la juventud?. Qué es la senectud?. Las dos preguntas son dramáticas. Dramáticas son, también, las dos respuestas correspondientes.

La juventud y la senectud son las dos etapas extremas de la vida. Comenzamos jóvenes. Terminamos viejos. Entre una y otra experiencia, claro está, somos maduros, es decir, plenos. Los que se han ocupado de estas cosas nos han enseñado que la juventud corre entre los 15 y los 30 años. Los límites, desde luego, resultan siempre relativos. Pero, como referencia, no tienen apelación.

Caracterizar, pues, la primera etapa vital es muy fácil. Es la edad de la formación: en la juventud hacemos el liceo y enfrentamos la universidad. Hacemos lo primero y enfrentamos lo segundo por razón especial: necesitamos entrar en la madurez armados de profesión. Sin profesión mal podríamos realizarnos. Bien. Además de edad de la formación, la juventud es la de la persona. Con la profesión alcanzada y con el amor hecho, estamos, en verdad, hechos. A ambas experiencias nos fuerza la desbordante vitalidad de orden físico de que disponemos. Está, encauzada como hacia el estudio y hacia el amor, hacia la política militante nos fuerza a ser, en una u otra medida, revolucionarios. La juventud es la edad en que aspiramos a cambiar al mundo: a poner patas arriba todo. Tal vez pudiera ser definida la juventud como la edad de la audacia. La verdad es que en ella todo se nos hace, teóricamente por lo menos, posible.

La senectud también puede ser precisada con facilidad. Dicen otra vez los que saben de esto que la senectud comienza con la sexta década de la vida. La senectud es la edad de la reflexión: la vida nos ha enseñado tanto, que nos complacemos en analizar el camino recorrido; en hallar en esto las más sorprendidas relaciones, en llegar a las más imprevistas conclusiones; en comprenderlo todo de veras; y en contemplarlo, además, con la más sincera cordialidad. Los aciertos y los errores producen en esta edad la misma placidez. De no ser así, no habríamos vivido a fondo. La senectud es la edad, administrativamente hablando, de la jubilación. La jubilación, es desde el punto de vista lingüístico, pariente del júbilo. Un jubilo especial, pues, flota por sobre todos los actos con que la senectud contesta presente en todas partes. La cosa puede parecer extraña; pero es de certidumbre casi desconcertante. La juventud es poderosa al paso que la senectud es declinante. Sin embargo, el poder de la una y la debilidad de la otra son, casi siempre, elementos relativos. No es joven, propiamente, el hombre que cuenta menos de 30 años, ni es viejo del mismo modo, el que contabiliza más de 60. La cronología es determinante sólo hasta cronología, sino el espíritu. Cuando decimos así, espíritu, nos referimos a la formación del individuo: a su cultura. A la forma como esta cultura ha evolucionado: si se ha estancado, si ha progresado, si ha regresado, por el contrario, a modalidades periclitadas. Joven, para expresarlo con alguna precisión, es el que se ha percatado de la tierra que pisa y de la hora que marca el reloj del mundo. Viejo, en cambio, es aquel que, olvidado de estos dos elementos, actúa como si la historia estuviera detenida o marchara siempre en retroceso.

Dos ejemplos venezolanos nos vienen aquí de perilla. Mejor dicho: como anillo al dedo. El uno está constituido por la gran mayoría de nuestros jóvenes y revoltosos universitarios: paran, cada rato, la universidad; hacen mítines de miedo; piden reformas que ponen la carne de gallina, queman al rector. Toda esta gresca, aparentemente revolucionaria, les llega hasta el día del grado. No más cuelgan la placa profesional en la puerta del consultorio, son otros. Se vuelven abanderados del orden; partidarios de la peor tradición; apasionados admiradores del imperialismo. Al otro ejemplo, indudablemente ilustre, le podemos dar nombre propio: Mario Briceño Iragorry. El grande escritor comenzó como gomecista sincero. Era apenas lógico: nativo de la ciudad de Trujillo, era, por fuerza de la tradición familiar, conservador. Sin embargo, si revisamos su obra y su actitud civil, ambas evolucionaron hacia el más edificante progresismo. Nadie se percató mejor que Briceño

Iragorry de nuestra contemporánea alienación, nadie la analizó con más penetrante lucidez; nadie la puso con más eficacia y sinceridad en la picota. En medio de tanto pititanyanqui como pulula por estos trigos, él fue, fundamentado en su edad y en su autoridad moral, un verdadero revolucionario.

La edad es, pues, referencia innegable para saber de la juventud y de senectud. Pero somos jóvenes de verdad o viejos de verdad, según la actitud que hayamos asumido para con la vida. Aquí si no hay vuelta que darle al problema.

Este problema, naturalmente, se nos ha hechado encima con motivo de la cumbre de Ginebra. Allí estarán el Camarada y el Presidente juntos. Conversarán poco o mucho. Lo dirán la circunstancias de la entrevista. Pero, jamás podrán llegar a estar de acuerdo. La razón es obvia. Por la boca y la actitud del Camarada hablará la juventud contemporánea del universo: la que cree en la vida; la que cree en la paz. La que cree en esta cosa maravillosa que es el hombre. Por la boca y la actitud del Presidente hablará la senectud: la que no cree sino en el poder del dinero, al cual lo sacrifica todo, absolutamente todo. Gorbachov se acerca cronológicamente, a la senectud, pero su juventud es ideológica parece inmarcesible. Reagan, al revés está en plena senectud: ésta, en su caso, es mucho menos cronológica que ideológica, ¿está claro?. La cumbre de Ginebra, por todo esto, producirá -ojalá- algunos acuerdos positivos. Pero el gran acuerdo será imposible. Lo impide, de todo en todo, la terrible antinomia que constituyen, cada una a su modo y manera, la vida y la muerte.